

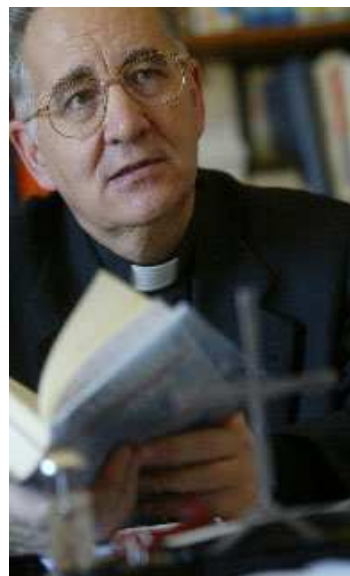
Escrito por Julián, Obispo de León

viernes, 20 de febrero de 2009

Queridos diocesanos:

El deseo llamar las cosas por su nombre puede dar lugar a que las palabras pierdan algunos matices. Esto es lo que ha ocurrido con la palabra *crisis* después de que se la disimulara con términos menos agresivos como *desaceleración*, *caída del consumo*, etc. De hecho la palabra *crisis* está asociada a *riesgo*, *peligro*.

Pero *crisis* (del griego *krisis*, *krinein*, separar, decidir) es también señal de que algo está cambiando y no siempre para mal, por ejemplo, cuando se dice que la enfermedad ha hecho crisis. Esto quiere decir también que el enfermo puede mejorar. La crisis obliga a pensar, a tomar medidas, a no cruzarse de brazos cayendo en la desidia o en la falta de esperanza. Siguiendo con el símil, "mientras hay vida hay esperanza". Es necesario luchar.



Es justamente lo que sucede con la llegada de la Cuaresma. Podemos decir que la Iglesia entera *entra en crisis*, es decir, se somete ella misma a análisis o juicio, eso sí delante de Dios y tomando como referencia su divina Palabra. En el fondo, este es el significado de la cuarentena -de ahí viene la palabra *cuarentena*- de Jesús en el desierto, escena que cada año es una llamada a seguir su ejemplo de fortaleza frente al pecado. La imposición de la ceniza, el rito que inaugura la *crisis cuaresmal*, significa que se asume ese reto y que se está dispuesto a escuchar la llamada a la conversión y a la penitencia. La medicina que nos ofrece la Iglesia puede parecer amarga, pero en realidad no lo es, porque está basada en la Palabra de Dios que anuncia misericordia y perdón. Lo que es amargo es la situación de alejamiento de Dios y la presencia del pecado. Esta presencia puede ser semejante a un resfriado más o menos fuerte, o puede consistir en un peligroso cáncer. Pero el remedio existe.

El reciente Sínodo dedicado a la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia y la celebración del Año Jubilar dedicado a San Pablo, nos invitan a entrar en la Cuaresma bien pertrechados, tal y como exhorta el Apóstol: "*Abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la justicia; bien calzados para estar dispuestos a anunciar la noticia de la paz. Y, por supuesto, tened abrazado el escudo de la fe, donde se apagarán las flechas incendiarias del Malo. Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu, toda palabra de Dios, insistiendo y pidiendo en la oración*" (Ef 6, 14-19). De manera individual y participando en las celebraciones cuaresmales, sobre todo

en la Misa dominical, es preciso escuchar lo que Dios dice a cada uno, pero con la confianza puesta en la potencia transformadora de esa Palabra, dispensada en la Cuaresma de manera más abundante que en otro tiempo litúrgico. En efecto, *"la palabra de Dios es viva y eficaz... juzga los deseos e intenciones del corazón"* (Hb 4, 12).

Esta Palabra, acogida en el corazón y aplicada a la situación de cada cristiano y de cada comunidad eclesial hace brotar la pregunta decisiva para la conversión y para el compromiso vital: *"¿qué tenemos que hacer?"* (Hec 2, 37). Porque no debemos olvidar que la Palabra de Dios conduce también a la práctica de la caridad fraterna. Y en este sentido la *crisis económica* es una buena ocasión para ello, incluso como obra penitencial que prepara para recibir más provechosamente el perdón de los pecados.

Feliz Cuaresma. Con mi cordial saludo y bendición: